



# ¡No leas los clásicos!

*Helen Yulieth Hernández Páez*

IV Semestre Lic. en lengua castellana

● Nunca! ¡Jamás! pienses tener en tus manos un libro que es clásico, tampoco lo toques, lo mires o le prestes mucha atención a lo que hay contenido allí dentro. Mejor, déjate persuadir por palabras simples, quizá con mala ortografía y poca sangre en su escritura; eso te dará una alegría y un sabor dulce, de esos que no perturban ni despiertan conmoción. Es preferible que no leas los clásicos, ellos romperán tu espejo, supuesto laberinto resuelto sin abolladuras y perfecto.

Si tienes al lado un libro clásico, apártalo, exigen un trabajo arduo, van más allá de la levedad, traspasan el registro de la sucinta noticia, las anotaciones de periódicos, revistas y someras redes sociales. Quédate tranquilo, no te metas en problemas, porque la muralla impenetrable que crees poseer, por medio de una estratagema será superada por un caballo de madera y quedarás hecho añicos; o entre páginas, ojeándolas, encontrarás una travesía que al azar te embriagará con cantos de sirenas, la mirada fija de un sólo ojo y la llegada a tu hogar se aplazará inexorablemente, encontrándote perdido, al intentar llegar a los brazos de Penélope. Entre letras padecerás la calumnia de ser arrestado una mañana sin haber hecho nada malo. Los tribunales mientras estés vivo te esperarán, igual que los interrogatorios; te hundirán como arenas movedizas, y los burócratas abrirán el telón de la muerte. El enigma del que no puedes hallar una respuesta será tu pesadilla, una pesadilla Kafkiana. Estás a tiempo ¡Despierta!

No leas los clásicos equivale a decir: no los releas; y releer es leer por primera vez. De manera que mantener un equilibrio será inalcanzable, sólo es labor para un gladiador y tú, no lo

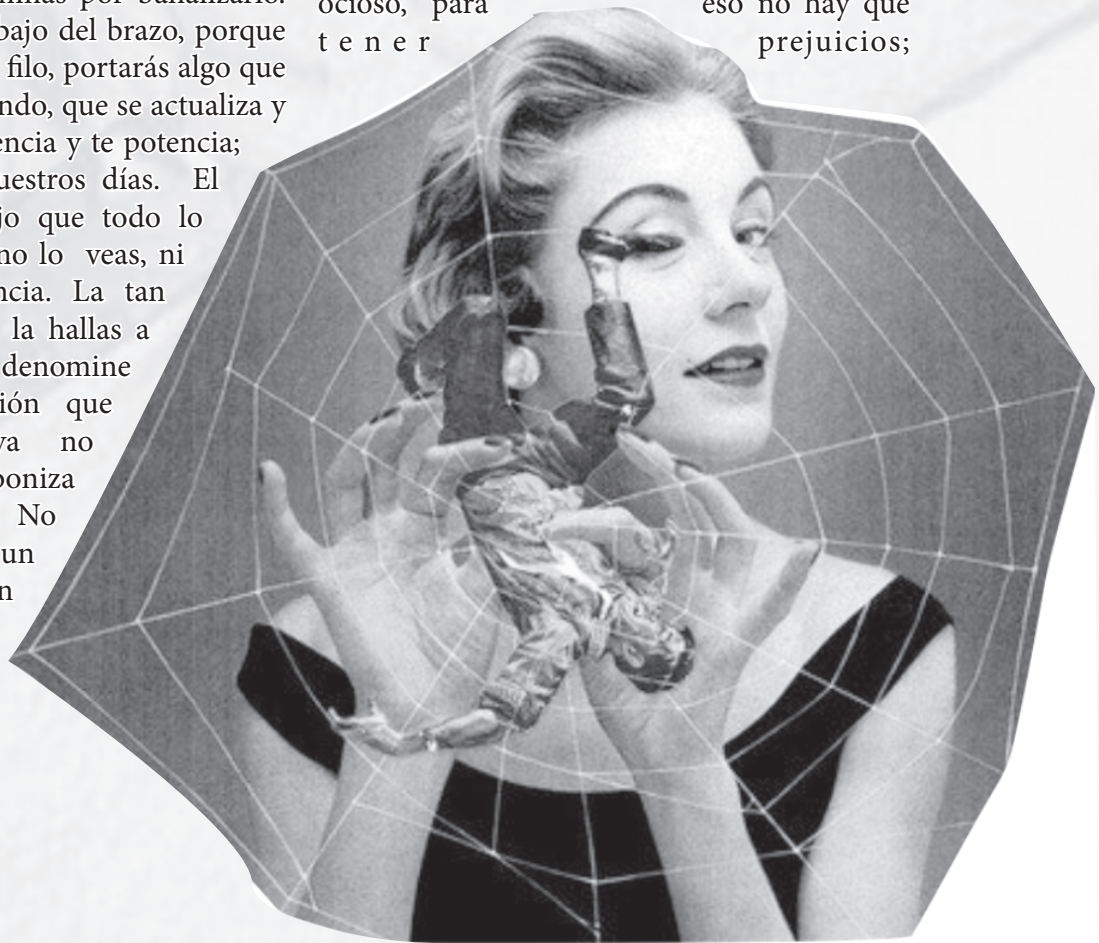
eres. Aquellas obras están y estarán latentes en tu memoria, en el inconsciente colectivo, te siguen a donde vayas convirtiéndose en tu peor sombra. Quizá muchas veces, has oído o llevado en las manos el libro del Quijote de la Mancha, sin embargo, no lo has leído, no has querido saber nada, ni de su vida ni de su historia, pareciese que se rompiera tu cabeza por la mitad (tal vez más), al ver la extensión de sus páginas, lo voluminoso y, luego de verlo, la armaras de forma que quedara desordenada y descentrada, para ya, no acordarte sino sólo de su nombre. No obstante han seguido tus pasos, no has podido escapar de ellos, están presentes, por la recomendación de alguien que los leyó, los releyó o por otro que no lo hizo. También, sabes de algunos que son clásicos dado que tienen como referencia alguna adaptación cinematográfica. ¡Tú! lector light, lector hembra, aunque quieras no puedes huir, su angustia seguirá tus pasos, pero corre, puedes ser más rápido.

Un clásico es una obra que encasillas como algo viejo o caduco, también lo identificas como ladrillo indigerible y tedioso, en vista que ocupa demasiadas páginas, y viene a ser a los ojos tuyos, un objeto poco persuasivo. Acaso ¿Has notado que la poesía, a pesar de su escaso número de páginas y carencia de personajes, es un clásico? No. Aún no dimensionas las desprovistas veintisiete palabras y la serie de puntos suspensivos que componen la eternidad de Momento, o del Espejo, o de Soberbia. La fugacidad y la eternidad, la vida y la muerte, la condensación de la totalidad y la ciudad donde los muertos hablan. ¿Eres lector? y la poesía es muy corta. Veintisiete palabras de Barba Jacob son pocas, y cinco mil trecientas veinte de Juan Rulfo son muchas.

Pero sigue pensándolo, a ti, qué te interesa recorrer al pasar hoja tras hoja, palabra por palabra, el testimonio y la huella que ha dejado lo que puede el lenguaje y el fundamento base de la historia; las innumerables percepciones de la realidad que las han abordado o las múltiples influencias que han tenido en todos los campos de conocimiento, las distintas culturas, las dimensiones del ser humano y el lenguaje. Claro que sobreviven los embates del tiempo y trasgreden el paradigma que favorece la cantidad, pero eso no los hace clásicos. A ti qué te importa si sobrevive a la voracidad del tiempo o de la moda, esto último es lo que en realidad te compete: la novedad, lo último... un clásico no lo es por su vejez, sino por su profundidad, la novedad es lo más viejo que hay.

Un libro clásico llega a ser un artefacto, algo que ya no es un simple objeto compuesto de hojas, portadas y palabras, como lo puedes concebir o lo ves Tú. Por eso no lees los clásicos porque no son simples libros. Tú que llevas uno debajo del brazo, exhibiéndolo, leyéndolo en público, dando una impresión de ser ilustrado y con la trivial ilusión de recubrirte de una aureola intelectual, terminas por banalizarlo. No lles un clásico debajo del brazo, porque llevas un arma de doble filo, portarás algo que cambia y te está cambiando, que se actualiza y te actualiza, que se potencia y te potencia; encarnándose, hasta nuestros días. El Hermano Mayor, el ojo que todo lo ve, está ahí aunque tú no lo veas, ni compruebes su existencia. La tan temida habitación 101, la hallas a tu alrededor aunque se denomine diferente. La inquisición que condenó Montag, ya no quema libros, los carboniza al elevar sus precios. No ardas en la hoguera por un insignificante verso, o un fútil libro. Mejor, aléjate de sus abrasadoras llamas.

Y si eres un profesor ¡Ni se te ocurra llevar un clásico a tus estudiantes!, no lo propongas como una referencia, elude llevarlo a cabo, evítale y evítate un lío. Si vas a hablar de los clásicos, no te puedes asombrar por frivolidades y obviedades, con esas obras literarias no puedes hacerlo, no las empobrezcas. Debes contextualizarlas, integrarlas, tocar puntos excepcionales, relacionados con todos los campos de conocimiento. En un clásico aparecen: las matemáticas, la geografía, la física, la química, la psicología; lo fantástico y lo cotidiano: ¡Todo! Las proposiciones de Juan Pablo Castel provocadas por María Iribarne, obedecen a una lógica matemática, y es clásico. La luz de un faro en una noche tormentosa sobre Emil Sinclair y su intermitente invención de Damián, develan un retrato psicológico, y es un clásico. Por eso, nada de cursilerías, de superficialidades. ¡No las recomiendes!, no lo hagas, si no vas a estar a su altura, ni con el respeto suficiente. Tus estudiantes indagarán, cuestionarán y si no eres lo suficientemente lúcido, te terminarán irrespetando igual que tú irrespetaste a los clásicos. Llevar un clásico a los estudiantes es llevarles un mundo, el universo infinito, para eso no hay que ser ocioso, para eso no hay que tener prejuicios;





para hacerlo, antes que ser profesor, debes ser lector. No lles los clásicos a tu clase, no los recomiendes ni digas que deben leerse, la lectura es una experiencia estética que no acontece en la obligación, o en el deber, únicamente en el gusto y una voracidad insaciable.

¡No recomiendes los clásicos! Porque te preguntarán cosas descabelladas; si muestras a Homero y luego estás hablando de Mark Twain o de Jorge Luis Borges; seguramente te interrogarán tus estudiantes por el tiempo de cada autor. ¿Un clásico es lo que fue escrito hace muchos siglos? Y ¿Mark Twain? Que perteneció al siglo pasado, no lo es acaso... ¿Y Borges? Si no eres perspicaz no hables de los clásicos, ni los sugieras. Si no comprendes que los clásicos no son ganadores de ese título, solo por su temporalidad ¡No los aludas! Si no entiendes que Homero, Borges, Mark Twain, Franz Kafka... son contemporáneos a pesar de no haber existido y vivido en la misma época no los abordes. ¡Profesor no los releas, ni los recomiendes!, ¡Evita que te pregunten ¿Qué es un clásico? O ¿Qué hace a una obra literaria un clásico? O ¿Por qué Harry Potter no es un clásico? ¡Se debe estar dispuesto a patinar sobre el hielo y caer! Y sobre todo no estar seguro de nada, pero tú eres profesor y estás para enseñar. Sin embargo ¡Por favor, no lo hagas!

Muy pronto deberás emplear estrategias para que los estudiantes no te cuestionen acerca de la relación existente entre lo clásico y la universal. ¿Todo lo universal es un clásico? ¿Todo lo clásico es universal? Como profesor sabes que los clásicos son un silencio que excluye el ruido que genera, y eso, entre otras cosas, los hace ecuménicos, válido en cualquier país, tiempo e idioma. Sin embargo, es más sencillo para ti, quedarte en particularidades de: género, región y sexo, y hacer clásico algo que no lo es. Tu que lees a Virginia Woolf no por las incomparables imágenes poéticas que evoca cada palabra, sino por el hecho de ser mujer, o lees a Gabriel García Márquez por haber nacido en Colombia y alcanzar un reconocido premio, no por ser uno de los exponentes más representativos de realismo mágico. Los clásicos lo son, no

por una región o porque lo escribió una mujer, un hombre, un gato o un marciano, son merecedores de esa palabra porque son universales, y lo universal es: el universo.

¡No lees los clásicos! Porque podrás perderte en erróneas definiciones, en fibras humanas, en múltiples realidades y mundos, mejor lee novedades y explícalas; esas son simples, dan seguridad y no exigen trabajo complejo. En cambio los clásicos no, ellos solamente te dan esa ilusión de leerlos fácilmente y explicarlos con alardes de suficiencia. ¡Por favor, no lean los clásicos!

No hay que leer los clásicos, porque ya no preferirás quedarte sentado en el gran sillón, estar en primera fila, presenciando: avisos estrambóticos enmarcados en refulgentes tubos de neón que iluminan la ciudad; no querrás a hombres musculosos y altos, mujeres bronceadas y rubias de pechos voluptuosos; no anhelarás explosiones acompañadas de crispetas y coca cola; reprobarás las imágenes y murmullos espeluznantes expulsados por altavoces de telepantallas; no desearás amor acrobático y gimnástico, no te descrestarás por movimientos efímeros que van al ritmo del compás. No te arriesgues a perder esos privilegios, donde estás a salvo, redimido y feliz... Los clásicos distancian, angustian, llevan al límite pero a la vez destruyen y rearman. ¡Por favor! ¡Aléjate! Ellos no fueron escritos para ti, ni tú fuiste creado para ellos.

